



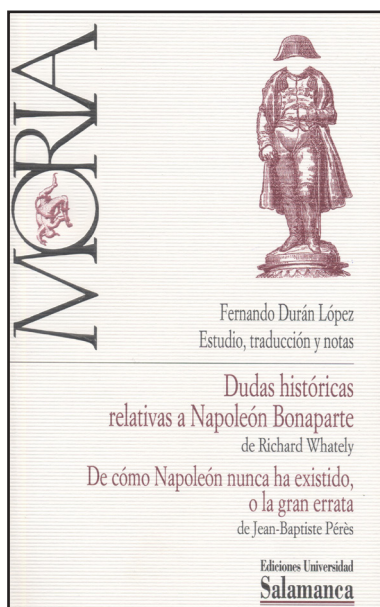
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 21 (2015)

Richard WHATELY y Jean-Baptiste Pérès (2014), *Dudas históricas relativas a Napoleón Bonaparte - De cómo Napoleón nunca ha existido, o la gran errata*, estudio, traducción y notas de Fernando Durán López, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca (Moria), 326 pp.



En este volumen, Fernando Durán traduce, anota y estudia dos obritas satíricas: las *Dudas históricas relativas a Napoleón Bonaparte* (1819) de Richard Whately y *De cómo Napoleón nunca ha existido, o la gran errata* (1835) de Jean-Baptiste Pérès. Ambos opúsculos son reducciones al absurdo que juegan con el mismo motivo retórico: demostrar la inexistencia de Napoleón. Sus objetivos ulteriores serían, en el primero de los casos, preservar a la razón del escepticismo de David Hume, que ponía en entredicho los milagros bíblicos; en el segundo, ridiculizar los métodos pseudocientíficos con que Charles-François Dupuis (1742-1809) identificaba todas las religiones en una sola universal: el culto al sol. Ambas obras pertenecen a una misma tradición intelectual (cf. p. 206), si bien, según explica Durán, no se constatan conexiones explícitas entre ellas.

El estudio que antecede a los dos opúsculos, un trabajo lleno de luces, con capítulos brillantemente rematados, se centra en la obra de Whately y logra poner orden en los datos que se manejan en torno a la de Pérès. Los lúcidos comentarios de Fernando Durán consiguen evocar, al igual que las obras objeto de la edición, la misteriosa fragilidad que presenta nuestro concepto de verdad cuando lo evidente no se da por descontado y uno decide cuestionar lo que hasta el momento ha tenido por indudable. Por esto mismo, el trabajo que

reseñamos puede resultar fascinante, no solo a los estudiosos de la historia y la filología, sino también a los de la filosofía. Vayamos con el primero de los opúsculos.

Las *Dudas históricas* de Whately (1787-1863) son publicadas en 1819 y alcanzan su 14ª edición en 1862. El folleto fue un verdadero éxito editorial, sobre todo en Gran Bretaña y Estados Unidos. Según Durán, sumó una treintena de apariciones impresas en distintos formatos e idiomas. Las *Dudas* sobrevivieron largamente a Whately, que fue arzobispo anglicano de Dublín entre 1831 y 1863. Influido por Edward Copleston, se había formado en el prestigioso Oriel College de la Universidad de Oxford, de donde salió racionalista y filoliberal. Fue un apasionado de la lógica y de las ideas abstractas, aunque anduvo siempre enrocado en su recinto de pocos autores y de verdades contadas. Incapaz de retractarse, fue «dialéctico implacable y didacta concienzudo», aunque no puede decirse de él, afirma Durán, que fuera un auténtico «buscador de la verdad» (p. 31). Whately quizá hubiese querido pasar a la historia por sus trabajos académicos, y no por este primer anónimo suyo que, por otra parte, le satisfizo sobremanera. Prueba de ello es el entusiasmo, la inteligencia y la dedicación con que lo fue retocando a lo largo de los años.

Las *Dudas* son un ataque a David Hume y al racionalismo escéptico empeñado en arramplar con las Escrituras. En *An Inquire concerning human understanding* (1748), versión abreviada de *A treatise of human nature* (1739-1740), Hume había dedicado una sección a los milagros («Of miracles»). Aplicando la teoría de la probabilidad, vino a sostener: los milagros bíblicos nos llegan por testimonios; pero la probabilidad de que un testimonio sea verdadero es siempre menor que la probabilidad de que una ley de la naturaleza se haya suspendido. Con otras palabras: que yo suelte esta piedra y no se precipite contra el suelo es «siempre» más improbable que el hecho de que quien relata un suceso de esta naturaleza esté mintiendo o se halle confundido. Además, si cada religión es un conjunto de verdades reveladas, entonces unas verdades anularán a las otras, «de modo que los testimonios en contra de un milagro serán siempre más numerosos que los que puede haber a favor» (p. 42).

Desmontar a Hume se había convertido en una especie de ejercicio intelectual de la época, lo que muestra hasta qué punto el escepticismo había socavado las bases de la fe de la mano de los principios racionalistas ilustrados. Whately no dice nunca «en qué y cómo se puede creer». Quizá, como explica Durán, porque no estamos ante un ensayo filosófico, sino ante una sátira literaria. Su objetivo, evidentemente, no es resolver esta cuestión del conocimiento, sino desmontar la construcción de Hume a partir de sus propios principios. De cara a la sociedad, Whately no está dispuesto a que el escepticismo, por muy racional que se pretenda, campe a sus anchas sobre la única moral posible, la del Evangelio. Lo que hace, pues, es plantear «a los lectores de 1819 si, desde un punto de vista racional, un seguidor del empirismo que Hume había aplicado a los milagros [...] podría afirmar que Napoleón Bonaparte existió alguna vez» (p. 14). Su tesis es, de este modo, que los argumentos humianos para descreer son falsamente racionales. La cuestión es a la vez simple y compleja: quienquiera que pretenda seguir los principios de Hume para negar la posibilidad de los milagros bíblicos se verá obligado a aplicar los mismos principios en todo otro caso en que el testimonio sea indirecto. Así, se verá obligado a negar, por ejemplo, la existencia de Napoleón.

Según Fernando Durán, el folleto de Whately sería la reacción más o menos directa a una reseña aparecida en 1814 en la *Edinburgh Review* (cf. p. 46). En ella, el científico John Playfair (1748-1819) escribe encomiásticamente sobre el *Essai philosophique sur les probabilités* del matemático y astrónomo francés Pierre-Simon Laplace (1749-1827). Este último, en línea con Hume, prefería ver que todo aquello que parece milagroso solo es efecto de nuestra falta de conocimiento. Los hechos son «perfectos» tal como se dan ahí fuera;

lo que falla es nuestra explicación acerca de los mismos. Laplace advertía del peligro de desatender al objeto de la creencia; una tentación relacionada con nuestra tendencia a creer en «el testimonio en sí» que lo señala sin reparar en aquello que está siendo objetivamente señalado (cf. p. 49). La obrita de Whately se ve también fuertemente influenciada por Copleston (*Consejo a un joven reseñista*, 1807) y Burke (*Vindicación de la sociedad natural*, 1756). Este último, de manera parecida a Whately, intenta poner el orden social heredado a salvo del embate prepotente de la razón. Las inteligencias individuales no pueden, sin más, suplantar la autoridad o la tradición. En el mismo año de 1819, George Townsend había combatido con *Ædipus romanus* otro folleto de William Drummond: *Ædipus judaicus* (1811). Drummond interpretaba el Antiguo Testamento como alegoría astronómica. Aunque Whately y Townsend participan de «la misma batalla intelectual» (p. 68), no parece que hubieran tenido conocimiento el uno del otro.

El estudio de Durán, que resuelve algunos equívocos o inexactitudes que arrastraban otras ediciones anteriores, nos cuenta cómo las *Dudas* se transformaron en una *work in progress* durante treinta años, desencadenando reacciones de todo tipo (réplicas, imitaciones, contraparodias, etc.). El dardo contra Hume llegó incluso a dirigirse a otros autores, como le ocurriera a D. F. Strauss (*Leben Jesu*, 1835). También es interesante comentar que Whately participó con posterioridad en una especie de secuela de las *Historic Doubts*: las *Historic certainties respecting the early history of America, developed in a critical examination of the book of chronicles of the Land of Ecnarf* (1851). Esta obra de su amigo William Fitzgerald apareció bajo el pseudónimo de Aristarchus Newlight (cf. p. 132), aunque, según Durán, Whately también estuvo detrás de su ideación. El ataque se dirige aquí contra los teólogos e historiadores alemanes que habían reinterpretado los Evangelios míticamente.

Las *Dudas* —esta es su relevancia—, terminan por cobrar vida propia. Andando el tiempo, ese ente colectivo y cambiante que es el público lector «desironiza» la recepción del folleto (cf. p. 159). El absurdo, libre ya del calculado tino con que lo administraba Whately, llegará a poner patas arriba la concepción de la verdad en bastantes de las cabezas lectoras. Es lo que puede ocurrir cuando uno se sitúa tan sutilmente en el filo entre la ficción y lo real: se pierde el punto de apoyo sobre la certeza y sobreviene el vértigo de la duda.

El fenómeno es bastante actual en realidad. No faltan hoy ejemplos de negación de lo evidente propiciados por el inconmensurable volumen de información que manejamos. Hoy se niegan con naturalidad los holocaustos históricos o hay tertulianos dispuestos a llegar a las manos en defensa de la autocombustión de sus vecinos. Y el recurso sigue funcionando a resultas de la imposibilidad que tenemos, dada la complejidad de nuestro mundo y la permanente intermediación del mensajero, de ser testigos directos de los acontecimientos. El gran problema, sin embargo, es que si bien todo el mundo es capaz de dudar de todo, no todo el mundo alcanza a darse cuenta de que hacer esto sin ponerse un límite es, en la práctica, destruir el sistema mismo de la verdad, del cual, en el fondo, no puede apartarse nadie que quiera «decir algo»; aunque solo sea que todo es falso... Uno de los extremos de esta onda expansiva de las reducciones a la nada, que sin duda tiene su gracia intelectual, nos lo brinda una sátira de 1835 aparecida en la *Dublin University Magazine*. En ella, un autor con seudónimo emplea los métodos de las *Historic Doubts* para probar la inexistencia de... Richard Whately (cf. p. 143).

No es nada desdeñable que el arzobispo sufriera varios disgustos relacionados con los efectos del opúsculo «viviente», pues Whately pretendía combatir el escepticismo desde el racionalismo que él entendía como correcto; en ningún caso escribir una obra escéptica (cf. p. 164). Los numerosos matices ideológicos expuestos en este trabajo y la reacción de estos en contacto con la religión dejan ver lo complejo que puede llegar a ser, en el fondo,

lo que en la superficie se divide meramente en dos etiquetas antagónicas. No basta en muchos casos con decir que se es racionalista e ilustrado; no basta, como quiere a toda costa el periodismo de nuestros días, con escindirlo todo en derechas e izquierdas, por muy práctico que resulte no tener que darles demasiadas vueltas a las cosas.

Sin pretenderlo, Whately prefigura el cuestionamiento de la historia como ciencia e incide en un asunto del que hoy se llega a abusar en aras de alcanzar notoriedad: el del diseño de «lo verdadero» por parte de los medios. Pero Whately no quería «dudar» de nada. Fue su fina y bien manejada ironía la que, un día, se le fue de las manos de tan buena que era. Progresivamente, una parte del público receptor empezó a creer, no ya que los argumentos de Hume en contra de los milagros no eran válidos, sino que lo evidente no era cierto, esto es, que Napoleón no existía... Y ello sin que el mismo público se diese cuenta de que, por la misma regla de tres, podía quedarse sin evidencias de ninguna clase. En ocasiones, los argumentos de Whately acarician tópicos de la filosofía del lenguaje, como cuando se especula con la verdadera entidad del referente del nombre *Napoleón*. No hay filósofo moderno o contemporáneo que no se las haya visto alguna vez con el enigma del nombre propio (Mill, Russell, Wittgenstein, Strawson, Searle, Kripke...). ¿Qué quedaría de Napoleón si todos los datos que sabemos de él se demuestran inciertos? ¿Estaríamos dispuestos a postular un Napoleón cuyos atributos definitorios fueran otros o se nos disolvería su esencia entre los dedos...? ¿Qué es 'Napoleón', el mero portador del nombre o un conjunto de propiedades necesarias y suficientes...?

Vayamos ahora, más brevemente, con la obrita de Jean-Baptiste Pérès (1752-1840). El autor de *De cómo Napoleón nunca ha existido* fue un sacerdote erudito de Valence-d'Agén (Sur de Francia). Este folleto ha venido publicándose hasta nuestros días en diversos idiomas y formatos. Pérès parece haberse basado en reducciones al absurdo próximas a su ámbito cultural (cf. p. 184). En cualquier caso, la obrita, de escasísimas páginas y, quizá también por ello, amplísimamente difundida, se halla relacionada con el folleto de Whately; por acabar con Napoleón y por formar parte de la misma tradición cultural. *De cómo Napoleón nunca ha existido* no es, como le ocurre a las *Dudas*, una paradoja intelectual por vía de sátira; más bien es sátira a secas que se sirve de las ideas. Su objetivo es ridiculizar ciertos métodos del conocimiento que abusaban (¿y abusan?) de las causalidades mitológicas o astronómicas y de los deslindes fantasiosos a partir del étimo de las palabras.

Pérès reduce al absurdo a Charles-François Dupuis (1742-1809), que en su obra *L'origine de tous les cultes, ou la religion universelle* (1794) «formulaba una teoría comparada de las religiones que postula su origen común en un mito solar, de modo que el culto religioso sería una transposición simbólica del culto de la naturaleza. Esto, obviamente, negaba la condición de verdad revelada del cristianismo y venía a continuar la corriente desacralizadora y materialista que había aplicado los principios de la crítica y el comparatismo a las Escrituras» (p. 170). Este «ariete para la irreligión» (p. 191) refutaba al cristianismo asimilándolo a los cultos antiguos para asignarle el carácter de una fábula solar «intelectualizada en términos abstractos por la teología» (p. 194).

Para que el lector se haga una idea del tono empleado por Pérès, transcribimos el siguiente pasaje sobre el nombre de Bonaparte: «que tiene dos partes, una buena y la otra mala; [...]. Y si por *mala parte* se entendían las tinieblas [según una alegoría tomada de los persas], no hay duda de que por *bona parte* se debe entender la luz: esto es, el día por oposición a la noche. Así que no habría que dudar que este nombre tenga relación con el sol [...].» (p. 289). Y termina el opúsculo: «Queda, pues, probado que el pretendido héroe de nuestro siglo no es más que un personaje alegórico, todos cuyos atributos se han tomado prestados del sol. Y en consecuencia, Napoleón Bonaparte, de quien tanto se ha dicho y escrito, ni siquiera ha existido [...].» (p. 294).

Queremos acabar poniendo en valor el mérito de esta doble edición. Por una parte, constituye una compleja labor de traducción. A la complejidad de traducir del inglés y el francés de otra época, hay que añadir la de preservar, de una lengua a otra, el tono paródico con que *Whately* reduce al absurdo a Hume, el tono arcaico con que al autor de las *Dudas* narra las hazañas de Napoleón para que suenen bíblicas o el modo como Pérès imita el discurso de Dupuis. Fernando Durán pone todo su oído literario para que en nada se note que no estamos ante escritos en lengua original. Por otro lado, es de reseñar el exquisito seguimiento de las fuentes y de los documentos secundarios con que Durán arroja sus siempre bien traídos comentarios, las aclaraciones acerca de las mil peripecias que acontecen a las distintas ediciones, etc. Estamos ante un trabajo exhaustivo y lleno de sugerentes conexiones con la actualidad.

Pero lo mejor, sin duda, lo más emocionante, es el misterio que suscita la verdad y lo verdadero; una tradición necesariamente infinita a la que el propio Durán contribuye con este trabajo. Por más seguridad que se quiera albergar, siempre le queda a uno la duda de que la realidad no exista fuera de las palabras, o de que exista pero poco. En fin, esperamos no tener razón en esto último.

Manuel RIVAS GONZÁLEZ